

## PALABRAS DE PESTALOZZI

*Para dar una idea sucinta del estilo y del contenido de la pedagogía pestalozziana, reproducimos a continuación algunos pasajes significativos, selectos, de sus obras más importantes, cuya lectura recomendamos vivamente a nuestros amigos como el mejor homenaje que se puede rendir a la memoria del maestro.*

### [SOBRE EL PROCESO DE LA EDUCACIÓN]

•El círculo del saber—por el que es agraciado el hombre en su estado—es reducido, y comienza cerca, a su alrededor, alrededor de su sér, alrededor de sus más próximas relaciones; desde allí se extiende y tiene que regirse en cada expansión por este punto central, fecundador de la verdad.

El puro sentido de la verdad se forma en círculos reducidos, y la pura sabiduría humana descansa en el firme fundamento del conocimiento de sus relaciones más próximas y en la educada capacidad para proceder en sus asuntos más inmediatos.

Esta sabiduría humana, que se revela por las necesidades de nuestra condición, fortifica y forma nuestra capacidad de acción, y la dirección espiritual que provoca es simple y mira firmemente a las cosas; está formada por la fuerza total de las disposiciones naturales de los objetos, firmemente establecidas en sus uniones efectivas, y por esto es fácil de conducir a todas las direcciones de la verdad.

Su expresión son la fuerza y el sentimiento, y la aplicación precisa.

Camino excelso de la Naturaleza, la verdad, a la cual conduces, es la fuerza y el hecho, la causa, la formación, la realización y la disposición del sér completo de la humanidad.

No educas al hombre con un desarrollo rápido y brillante, y tu hijo ¡oh Naturaleza! es limitado; su discurso es expresión y efecto del conocimiento realizado sobre las cosas.

Pero cuando los hombres aceleran la marcha de tu orden, perturban en sí mismos su fuerza íntima y descomponen el equilibrio y el reposo de su sér en lo más íntimo.

Hacen esto, cuando antes de haber educado dócilmente su espíritu en la verdad y en la sabiduría por el conocimiento preciso de los objetos reales, se aventuran en el caos infinito de las palabras vanas y de las opiniones, y ponen, como fundamento de su carácter y como primera educación de sus fuerzas, sonidos, discursos y palabras, en vez de las verdades de los objetos científicos.

Este camino artificial de la escuela, que coloca la serie de las palabras antes de la naturaleza libre, lenta, cuidadosa, educa al hombre en el brillo falso, que disimula la carencia de fuerza natural interior y satisface a tiempos como nuestro siglo.

Orientación de la vida, destino del hombre, eres el libro de la Natu-

raleza. En ti está contenida la fuerza y el orden de esta sabia conductora; la educación escolar que no se construya con este fundamento, va descaminada.

Hombre, padre de tus hijos, no llesves las fuerzas de su espíritu por lejanos derroteros antes de que hayan adquirido fuerzas mediante un ejercicio apropiado, y guárdate de los malos tratos y de los esfuerzos excesivos.

(De *La velada de un ermitaño*, 1780.)

NO EL ARTE, NO LOS LIBROS, LA VIDA MISMA ES EL FUNDAMENTO DE LA EDUCACIÓN Y DE LA INSTRUCCIÓN

La vida misma en toda su extensión, tal como actuaba sobre sus niños, tal como los afectaba, tal como ellos se movían y la utilizaban, esto era propiamente lo que se desprendía de su enseñanza y en lo que el hablar venía a ser, por decirlo así, sólo una materia subordinada. Excepto en sus ejercicios de fonética y en las simples palabras que se formaban en ellos, no enseñaba a sus hijos ninguna palabra más con el propósito de enseñarles a hablar, ni con el de hacerles adquirir conocimientos con discursos o palabras; casi no llegaba a tomarse el trabajo de dar a los niños, como materia de enseñanza, los nombres de los objetos que ellos conocían ya, ni a pronunciarles los sonidos correspondientes. Por esto no tenía con sus niños nunca el lenguaje de la *instrucción* o de la madre *que instruye*; no decía nunca a sus niños: hijo, ésta es tu cabeza, ésta es tu nariz, ésta es tu mano, éste es tu dedo, etc.; ni tampoco: ¿dónde tienes tus ojos?, ¿dónde tienes tus oídos?, ¿dónde tienes tus cabellos? Por el contrario, su lenguaje era el lenguaje de *los cuidados*, de la madre *que cuida*, y decía, incitada por las necesidades del niño y por el hecho de su cuidado: ven, hijo, voy a lavarte las manos; voy a peinar tus cabellos; voy a cortarte las uñas; a limpiarte las narices; no llesves la cabeza baja, etc. Su conversación no era en ningún momento una charla vana sobre cualquier cosa que en ese momento fuera ajena a la situación, las circunstancias, las necesidades y el deber del niño, por consiguiente, al auxilio del hombre. Toda palabra que hablaba con sus hijos estaba en íntima conexión con la verdad de su vida y de su ambiente, y en este respecto, era espíritu y vida. La instrucción de palabras desaparecía, por decirlo así, en el espíritu y vida de su hacer real, del cual procedía siempre la instrucción y al cual siempre volvía. Toda opresión de manos que hacía a su niño, toda mirada que le dirigía, llegaba a su corazón, animaba su rostro y hacía a su mano diligente para todo lo que realizaba y servía. Era como si un espíritu invisible la elevara íntimamente, inconsciente de sí misma, a la verdad y a la fuerza del orden con el que la naturaleza desarrolla las energías de nuestra especie, con el que nuestro influjo artificial debía hallarse en el mismo grado de armonía con que, por la corrupción de nuestro tiempo, se halla en desacuerdo. Pero por esto ocurría también que cada uno de

sus hijos era, en el grado de su edad, reflexivo, hábil y activo; precisamente como en este grado debía ser y como podía pedirse de él; ninguno era indiscreto, ninguno era vano; todos, llenos de buen humor e infatigables; ignorantes ciertamente de mucho de lo que se enseña en la escuela, pero con plenitud en todo lo que podían y sabían en el grado en que se hallaban.

Lo que saben no lo saben a medias; lo saben porque en su ambiente son llevados a clara conciencia mediante intuiciones maduras, y porque todo lo que conocían, también de un modo animado, podían expresarlo de un modo sencillo, pero preciso y vigoroso. Todo lo sencillamente que se formaba su interior aparecían naturalmente al exterior. Fuera de hilar y coser y de todos los quehaceres domésticos que dominaban y de algunos comienzos en dibujar y escribir, conocían muy poco, y nada en absoluto, de todo lo que se llama propiamente cultura artificial y que es propiamente destreza en lo artificioso, pero en aquello se hallaban desarrolladas de un modo general y vivo las fuerzas esenciales para todo arte; su golpe de vista era exacto; su mano, firme; su imaginación viva, y se conmovía múltiplemente por las materias bíblicas, y su sentimiento de belleza, que se hallaba de acuerdo con la elevación divina de su fe animada interiormente, estaba dirigido a lo alto y sublime. La vida de su discreta y piadosa madre pasó a ellos en toda la plenitud de su verdad y de su altura interior. Aquélla les dió todo lo que sabía, tenía y podía. Esto era en su pobreza muy poco; pero aun lo más pequeño, lo más reducido que les dió era educativo y grande, por el modo, la fuerza y el amor con que lo daba. Cada palabra aislada de su instrucción actuaba, como surgiendo de la totalidad de su vida unida a la de sus hijos, no como una palabra aislada, sino como algo que naciendo de la totalidad de su ser material y sus circunstancias, por la intimidad de la unión en que vivía con ellos, se hallaba en germen de antemano en sus niños. Su arte era su vida, y su educación procedía enteramente de esta vida. Por esto era también tan vigoroso el éxito de cada una de sus palabras, y muy diferente de como hubiera sido si sus palabras no hubieran estado en la vivaz conexión de su vida con la vida de sus hijos. Estos comprendieron por ello todo lo que les mostraba como si no aprendieran nada, como si ya hubiera estado aquello de antemano en ellos. Y así era en realidad. Su aprender no se introducía propiamente en ellos, sólo desarrollaba las fuerzas que en ellos mismos existían y por las cuales acogían en sí lo que conocían exteriormente, y lo reconocían como poseyendo ya, como pura adquisición de sí mismos y de sus propias fuerzas y no como algo extraño, añadido.

Así como su enseñar a hablar estaba unido a su vida, su enseñar a contar procedía también de ésta, y estaba asimismo unido a la realidad de su vida. Contaba con ellos los pasos que tenía su habitación, y como en su ventana cada fila de cristales sólo tenía cinco, lo mismo que en la mano había cinco dedos, así también señalaba juntas en la ventana dos filas de cristales y podía llevar el diez mejor a la intuición que con los

dedos. Asimismo hacía contar los hilos en el hilado y los pasos de la devanadera cuando aplicaban los hilos a las cuerdas. Les mostraba las formas esenciales de la medida en la aclaración de las intuiciones para lo corto y lo largo, lo delgado y lo ancho, lo puntiagudo y lo romo, lo redondo y lo cuadrado. Llamaba su atención del modo más variado a los fenómenos de la naturaleza tal como se presentaban a ellos en la vida doméstica, en la cocina, en el cuarto, en el establo, en el jardín, en el bosque y en el campo, y en efecto, no como *instrucción*, sino como *participación* en estos fenómenos, tal como se presentaban en las ocurrencias, deberes, satisfacciones y necesidades de su vida. Al auxiliarle a ella preparando la comida, encendiendo la lumbre, llevando agua y madera, etc., aprendían a conocer a su lado, por la simple pero exacta intuición de los objetos, a que la ocupación con ellos, por decirlo así, les obligaba; los efectos del fuego, del agua, del aire, del viento, del humo, de las modificaciones del agua en el cubo inerte, en los manantiales corrientes, su transformación en hielo, granizo, nieve, ventisca, su efecto en la disolución de la sal, en la extinción del fuego, etc., así como las modificaciones de la leña en carbón y cenizas y su total desaparición. Pero todo esto lo aprendían aquéllos no por el mucho hablar sobre estos objetos, sino por la fijación de su atención a lo que ponían los objetos ante sus sentidos y a lo que éstos se modificaban.

Con relación a todo ello entregaba enteramente a sus hijos la impresión que estos objetos hacían por sí mismos en su capacidad de intuición y en su atención educadas, y no pensaba aquí avanzar por cualquier sombra de instrucción más de lo que ellos podían hacerlo por sí mismos. Pero lo poco en que realmente los instruía, lo que tenían en realidad que aprender, lo hacían de un modo acabado. Así manifestó ella terminantemente que sólo lo pleno, lo acabado, es útil; sólo lo pleno lleva adelante. La conciencia de la fuerza que da al hombre en todo su hacer y dejar hacer todo lo que puede acabar, existía también vivamente en sus hijos...

(De *Leonardo y Gertrudis*, 3.<sup>a</sup> parte, 1785.)

#### [SOBRE EL MÉTODO DE ENSEÑANZA]

•El punto de vista más esencial de que parto es éste: la intuición de la naturaleza es el fundamento propio y verdadero de la instrucción humana, porque es el único fundamento del conocimiento humano. Todo lo que va más allá es meramente resultado y abstracción de esta intuición; por consiguiente, cuando ésta es incompleta, parcial y no sazónada, también es aquél incierto, inseguro y dudoso, y cuando esta intuición es inexacta, será ilusión y error.

Parto de este punto de vista y me pregunto: «¿Qué hace la naturaleza para representarme verazmente el mundo que me rodea? Es decir: ¿Con qué clase de medios lleva ella la intuición de las cosas más esenciales que me circundan en mí mismo a una madurez satisfactoria?»

Y encuentro: lo hace mediante mi situación, mis necesidades y mis relaciones. Por mi situación determina los modos de intuir el mundo; por mis necesidades crea mi esfuerzo, y por mis relaciones amplía mi atención y la eleva a previsión y a cuidado. Por tanto, con lo primero funda las bases sensibles de mi conocimiento; con lo segundo, mi vocación, y con lo tercero, mis virtudes.

Y ahora me pregunto: «¿Qué ha puesto en la mano de la especie humana la experiencia de muchos siglos en cuanto a los medios artísticos de fortificar este influjo natural en la educación de nuestra especie respecto a la inteligencia, al esfuerzo y a la virtud?» Y encuentro que estos medios son: lenguaje, dibujo, escritura, cálculo y medida. Y cuando después investigo el origen común de todos estos elementos del arte humano, lo encuentro en el fundamento general de nuestro espíritu, mediante el cual nuestra inteligencia comprende—en su representación—en una unidad, esto es, en un concepto, las impresiones que la sensibilidad ha recibido de la naturaleza.

De esta exposición se desprende que en cada caso donde no vaya a un tiempo la educación artística con la intuición real de la naturaleza, el arte, por su acción apresuradora sobre el espíritu humano, llega a ser fuente de un endurecimiento sensible, que tiene como consecuencia inevitable la unilateralidad, la parcialidad, la superficialidad y el error presuntuoso. Cada palabra, cada número, cada medida es un resultado de la inteligencia, que es creado por intuiciones maduras. Los grados sucesivos, por los cuales las impresiones sensibles se elevan a conceptos exactos, van hasta los límites de la acción de la inteligencia, sustantiva e independiente de la de la sensibilidad, en una marcha armónica con las leyes del mecanismo físico. La mímica precede a los jeroglíficos; los jeroglíficos, a los idiomas formados, así como el *nomen proprium* al *genus*. Sólo por esto también—por el mecanismo de la marcha armonizadora de la sensibilidad—la cultura me convertiría en intuiciones precisas el mar fluctuante de las intuiciones confusas y después crearía conceptos claros de las intuiciones precisas, y de éstas, exactas más tarde. Todo arte de los hombres es, pues, esencialmente una consecuencia de leyes psicomecánicas, de las cuales las más importantes son las siguientes: 1.<sup>a</sup> Trae a tu espíritu todas las cosas esencialmente relacionadas en la precisa conexión en que se encuentran realmente en la naturaleza. 2.<sup>a</sup> Subordina las cosas no esenciales a las esenciales, y, en particular, la impresión de la visión artística de ti mismo a la de la naturaleza y a la de su verdad real. 3.<sup>a</sup> No des a ninguna cosa más importancia en tu representación que la que tiene relativamente para tu especie en la naturaleza misma. 4.<sup>a</sup> Ordena también según su semejanza todos los objetos del mundo. 5.<sup>a</sup> Fortifica la impresión de los objetos importantes en ti mismo, haciéndoles obrar sobre ti por distintos sentidos. 6.<sup>a</sup> Trata de ordenar una seriación en todo arte del conocimiento, en la que cada nuevo concepto sea sólo una adición pequeña apenas perceptible a conocimientos anteriores profundamente impre-

sos y hechos para ti casi indelebles. 7.<sup>a</sup> Aprende a completar lo simple hasta la mayor perfección antes de avanzar a lo complejo. 8.<sup>a</sup> Reconoce en cada sazonomiento físico el resultado de la plenitud completa del fruto en todas sus partes y advierte que cada juicio exacto ha de ser un resultado de una intuición realizada en todas sus partes del objeto a juzgar; teme la apariencia de plenitud antes de su madurez como la aparente sazón de una manzana roída por los gusanos. 9.<sup>a</sup> Todas las acciones físicas son absolutamente necesarias, y esta necesidad es un resultado del arte de la naturaleza, la proporción, con la cual reúne entre sí los elementos aparentemente homogéneos de su materia para la consecución de un fin. El arte que la imite debe por esto tratar de elevar los resultados que persigue a necesidad física, reuniendo los elementos del arte a su fin, por medio de la proporción. 10.<sup>a</sup> Produce riqueza y pluralidad en estímulos y juegos, de modo que los resultados de la necesidad física lleven en sí mismos el sello de la libertad y la independencia. Aquí también debe imitar el arte la marcha de la naturaleza y tratar por la riqueza y diversidad de estímulos y juegos que lleven sus resultados el sello de la libertad e independencia. 11.<sup>a</sup> Reconoce ante todo la gran ley del mecanismo físico, a saber: el encadenamiento general y firme de sus acciones a las relaciones de la proximidad o lejanía físicas de su objeto a tus sentidos. No olvides nunca: esta proximidad o lejanía física de todos los objetos que te rodean determina lo decisivo de tu intuición, del desarrollo de tu vocación y aun de tu virtud. •

(De *El método*, 1800.)

#### [LAS LEYES DEL MÉTODO]

•Te he presentado esos postulados parciales con los cuales creo se puede tejer los hilos de un método general y psicológico de educación. Sin embargo, no me satisfacen; siento que no me hallo en situación de representarme en toda su sencillez y en su completa generalidad la esencia de las leyes naturales en que descansan esos postulados. A mi modo de ver, todas provienen de una triple fuente. La *primera* de ellas es la naturaleza misma, en virtud de la cual se eleva nuestro espíritu de las intuiciones oscuras a los conceptos exactos. De esa fuente emanan los principios siguientes, que han de reconocerse como fundamentos de las leyes cuya naturaleza investigo:

1.º Todas las cosas que hieren mis sentidos no son para mí medios de adquirir ideas exactas, sino en cuanto sus fenómenos presentan a los sentidos su esencia inmutable e inmovible, en vez de sus relaciones o propiedades variables; por el contrario, son para mí fuentes de error y de engaño cuando sus fenómenos ofrecen a los sentidos sus propiedades circunstanciales en vez de su esencia.

2.º A cada intuición profundamente impresa y hecha indeleble en el espíritu humano se anuda con la mayor facilidad, y casi involunta-

riamente, una serie entera de conceptos accesorios más o menos relacionados con esta intuición.

3.º Así como la esencia de una cosa se imprime en tu espíritu con una fuerza incomparablemente mayor que sus propiedades, del mismo modo el mecanismo de tu naturaleza te conduce por sí mismo, constantemente, de verdad en verdad, en lo referente a este objeto; si, por el contrario, se han impreso en tu espíritu las propiedades variables de una cosa en una forma incomparablemente más fuerte que su esencia, ese mecanismo de tu naturaleza te lleva constantemente de error en error, en ese objeto.

4.º La reunión de los objetos de la misma naturaleza asegura, fortalece y extiende de un modo general y esencial tu visión en su verdad interior; debilita la impresión parcial y exclusiva de las propiedades de los objetos aislados en provecho de la impresión que debe hacerte su esencia; impide la confusión de tu espíritu causada por la influencia aislada de las impresiones particulares de las propiedades, y te preserva del peligro de caer en la confusión irreflexiva de la apariencia exterior de los objetos con su esencia, y así, de mostrar una preferencia y un cariño por una cosa cualquiera, que hubiera subordinado como accesoria una visión más detenida, y por fin, de llegar a un apoderamiento fantástico de tales cosas secundarias. No puede ser de otro modo: cuantas más ideas generales y comprensivas de las cosas se aprovecha el hombre, tanto menos pueden ejercer sobre él una impresión perjudicial, en su visión única y esencial, las ideas particulares y limitadas; por el contrario, cuanto menos se haya ejercitado en una educación general de la naturaleza, tanto más fácilmente las ideas aisladas del estado mudable de una cosa pueden turbar y aun extinguir la visión esencial de un objeto.

5.º Asimismo la intuición más compleja se compone de partes fundamentales simples; cuando las poseas, será para ti simple lo más complejo.

6.º Cuantos más sentidos emplees en las investigaciones del ser o de las propiedades de una cosa, tanto más exacto será tu conocimiento de ella.

Así creo que son los principios del mecanismo físico que se derivan de la naturaleza misma de nuestro espíritu. En ellos se encierran las leyes generales de este mecanismo, del que me limito ahora a decir: la plenitud es la ley más grande de la naturaleza; todo lo no acabado no es verdadero.

La *segunda* fuente de estas leyes físico-mecánicas es la sensibilidad de mi naturaleza, enlazada generalmente con esta facultad de intuición. En toda su actividad oscila aquélla entre la aspiración a saberlo y a conocerlo todo y la tendencia a gozar de todo, que modera nuestra ansia de saber y de conocer. La inercia de mi especie es excitada como simple fuerza física por su curiosidad, y, a la vez, su curiosidad es retardada, por su inercia. Pero ni la excitación de la una, ni el retardo de la

otra tienen en sí un valor físico; por el contrario, son de gran valor, la primera, como fundamento sensible de mi capacidad de investigación; la segunda, como fundamento sensible de la serenidad en el juicio. Todo nuestro saber lo adquirimos por el encanto inmenso que el árbol del conocimiento tiene para nuestra naturaleza sensible, y, en muchos respectos, el hombre se halla en sazón para la verdad aun antes de que pueda pronunciarla, gracias al principio de inercia que pone un límite a nuestro frívolo y superficial mariposear de intuición en intuición. Pero nada saben de esa madurez nuestros anfibios de la verdad; croan como ranas la verdad antes de sospecharla, y con más razón antes de conocerla. No pueden hacer otra cosa; les falta, tanto la fuerza de los cuadrúpedos para mantenerse en tierra firme, como las aletas de los peces para nadar en los abismos y las alas de los pájaros para elevarse hasta las nubes. Como Eva, sólo conocen la intuición *involuntaria* de los objetos, y como ella, tienen el mismo destino: morder la verdad antes de que llegue a madurar.

La *tercera* fuente de estas leyes físico-mecánicas se halla en la relación de mi situación exterior con mi capacidad de conocer. El hombre está atado a su nido y cuando lo suspende de mil hilos y lo rodea de cien círculos, ¿qué hace más que la araña que suspende su casa también de miles de hilos y la rodea con cientos de círculos? ¿Y qué diferencia hay entre una araña un poco más grande y una algo más pequeña? La esencia de su actividad es colocarse en el centro del círculo que les rodea, pero el hombre no elige por sí mismo el punto central en que se mueve y vive, y no reconoce ninguna verdad del mundo como ser meramente físico, sino en la medida que los objetos del mundo llegados a su intuición se aproximan a ese punto medio en que se mueve y vive.»

(De *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, 1801.)

#### [SOBRE LA FORMACIÓN DEL LENGUAJE]

•El niño no puede hablar espontáneamente sin el auxilio del arte, como le ocurre con el ver.

Sin dicho auxilio, sólo posee una simple facultad de emitir sonidos. El arte la eleva a facultad de lenguaje, y más tarde se sirve de esta fuerza ilustrada para facilitarle la aclaración de todas las representaciones que son dadas al hombre por sus sentidos.

La madre se ve obligada, con frecuencia, por su instinto a balbucear sonidos al niño; se deja llevar con una alegría interior por esta tendencia natural; le causa placer distraer y divertir al niño de este modo, y la Naturaleza auxilia sus esfuerzos en tal sentido. El niño no oye únicamente los sonidos de la madre; oye también la voz del padre, del hermano, del criado y de la criada; oye sonar la campana, golpear en la madera, ladrar al perro, piar al pájaro, mugir a la vaca, balar a la oveja, cantar al gallo.

Pronto deja de ser su oído una simple y vacía conciencia de los sonidos que a él llegan, y percibe sus diferencias; comienza entonces a sospechar y observar la relación de los sonidos con los objetos a los cuales se refieren; mira la campanilla de la casa cuando suena; dirige sus ojos a la vaca cuando mugue; a la puerta, cuando alguien golpea en ella; al perro, cuando ladra; etc.; y así como empieza a notar la relación que hay entre los sonidos que llegan a su oído y los objetos de los cuales provienen, del mismo modo empieza también a descubrir la relación que existe entre los objetos que están habitualmente ante sus ojos y los sonidos que la madre produce cuando los nombra; comienza, en fin, a descubrir la relación de los nombres con las cosas conocidas. Así, antes de que tenga intención de hacerlo, llega a balbucear algunos de los sonidos que oye; ahora comienza también a sentir en sí mismo esta fuerza.

Salen involuntariamente de su boca sonidos desiguales; los oye, siente su fuerza; quiere balbucear, lo consigue, le causa alegría, balbucea de nuevo y ríe. La madre lo oye, contempla sus risas; su corazón se eleva; se duplica la tendencia de su instinto a balbucear sonidos ante él, y le ejercita más contenta y satisfecha que antes lo hacía.

Pero mientras esta tendencia alcanza el grado supremo de su encanto, comienza ya la Naturaleza a socavar poco a poco los fundamentos instintivos en que sólo hasta ahora descansaba. Paulatinamente va desapareciendo la necesidad de distraer y divertir al niño con el balbuceo. Este modo de obrar rutinario llega a no satisfacer al niño que ya sabe distraerse por sí mismo; le basta para ello la Naturaleza que a su alrededor vive y se agita; pero ahora necesita y quiere aún más para divertirse: desea que se le informe de todo lo que ve, oye y siente; *necesita* ahora aprender a hablar, y la madre debe ahora enseñarle.

Mas como la especie humana se dirige en general desde todo modo de obrar instintivo a todo modo de obrar racional por la necesidad, las preocupaciones y las circunstancias, estas mismas causas ejercen asimismo su influencia en la educación de la humanidad en este tránsito del modo instintivo de obrar de la madre al modo de obrar racional. A ésta empieza a faltarle tiempo para su balbuceo irreflexivo; además de su pequeñuelo, tiene muchísimas cosas de qué ocuparse; se ve obligada, por consiguiente, a cuidar a su hijo con regularidad; es decir, a determinadas horas y en ciertos momentos; fuera de esto, sus quehaceres la llaman a otras partes; debe, pues—porque no puede ser de otro modo—, dedicar aquellas horas y momentos a enseñarle a hablar en las horas, en los momentos que la Naturaleza señala para las necesidades del niño y para satisfacerlas. En los momentos en que le lava y asea, nombra —y así debe hacerlo—todas las partes de su cuerpo, que le moja y enjuga; al prestarle estos cuidados es cuando precisamente le dice: dame tu manita; dame tu piecico; y cuando le da de comer nombra la papilla, el puchero y la cuchara; los cuidados más íntimos y el cariño en esta asistencia le hacen enfriar en la cuchara la papilla demasiado caliente

y decir, mientras la lleva despacio a la boca del niño: *tienes que esperar, está caliente.*

El arte de enseñar a hablar a los niños es muy limitado en la mayor parte del pueblo, en lo más esencial de lo que exige al afecto. Muchas mujeres que hablan de cuanto hay en el cielo y en la tierra no están en situación de nombrar al niño las tres o cuatro partes de que se componen los ojos, la nariz y la boca. Charlan, durante muchas horas del día, de las cosas más extrañas, pero no saben una sola palabra de la educación del niño, que es lo importante, aunque lo tengan delante de las narices. Es una triste verdad, pero es preciso reconocer que la masa del pueblo no tiene los conocimientos del idioma que son necesarios para enseñar a hablar a un niño; y es también una triste realidad que las madres campesinas, y las más locuaces menos, saben enseñar a hablar a sus hijos. Así, los males son incalculables; pero, ¡Dios mío!, los medios para subsanarlos son tan fáciles cuanto mayores son los daños.

Ya se ha realizado enteramente y se ha producido lo que el arte mismo debía realizar y producir para satisfacer estas necesidades de la educación humana y para poner a las madres en situación de enseñar a hablar a sus hijos: el idioma que existe y está formado para ello en todos los pueblos. Lo que falta es una guía para las madres que las ponga en situación de avanzar sin saltos desde el momento en que la necesidad, las preocupaciones y las circunstancias las han educado para este fin—el enseñar a hablar a sus hijos—; falta una guía para que reconozcan en toda su extensión y utilicen en toda su fuerza este punto, como el punto inicial para enseñar a hablar a sus hijos. »

(De *El libro de las madres*, 1803.)

#### [SOBRE LA EDUCACIÓN MORAL]

Y si en los libros elementales del método hasta ahora publicados no están expuestos y expresados aún determinadamente los medios de la educación moral y su armonía general con la naturaleza de los correspondientes a la educación intelectual, la causa de ello reside en la limitación de los mismos a las materias hasta ahora elaboradas para la impresión y en la determinada peculiaridad del modo como ha surgido el método mismo.

En cuanto a la conducción moral de los niños, así como el descubrimiento de puros principios elementales para esta conducción, dominó en el Instituto la misma actividad unificada y vigorosa que dedicamos a la educación intelectual. Aun más: nuestros esfuerzos para poner en armonía la educación general de los niños con la esencia de la naturaleza humana nos han producido la íntima convicción de que todo el trabajo de una conducción intelectual degenera en una labor estéril si lo más sagrado, lo más elevado que hay en la naturaleza humana, no es ante todo vivificado, asegurado y colocado como fundamento incommovible de toda educación intelectual y técnica exterior. Y si lo

que en este respecto hacemos no sorprende tanto como lo realizado en el aspecto intelectual, es debido a la naturaleza del objeto. La verdadera educación elemental moral conduce, en virtud de su naturaleza, al sentir, callar y obrar. La verdad de un escrupuloso estado de ánimo y la fuerza de una vida en armonía con ese estado se alejan, por su naturaleza, de toda palabra disipada, superflua. Las palabras de la moralidad son, por lo general: «sí» y «no» y cuanto más verdaderas más profundas son tanto más se separan de todo lo que se añade, como del mismo mal. No se puede presentar a los niños la vida vaga de los sentimientos superiores ni hablar de esta vida al oído ordinario del curioso como se les puede hablar de las fuerzas despiertas de su espíritu por la exposición de sus resultados. Pero la cosa está ahí; el método tiene caminos sencillos y seguros para llegar al corazón del hombre, como los tiene para llegar a su cabeza. Y respecto a la satisfacción de su vida terrenal que de ordinario sólo logra el hombre por la plenitud de su capacidad profesional tiene el método lo necesario para atar a los hombres desde su cuna a toda la extensión de sus circunstancias más próximas y a toda la fuerza de su ser doméstico, y hace partir de este punto céntrico el despertar de todas las fuerzas de su corazón y de su espíritu. El método se apodera de las fuerzas humanas en desarrollo, esencialmente en la medida de la situación y las necesidades domésticas y aumenta las fuerzas del autoauxilio y del impulso elevador sobre el fundamento de la pura conciencia del ambiente dado por Dios y de las circunstancias y necesidades que surgen de aquél. El método se dirige, en efecto, al hombre que vive bajo un techado de paja, hablándole de estas necesidades, de su situación con la misma fuerza con que le habla de ellas al hijo del príncipe en su palacio; pero mientras al hijo del humilde le da para su situación la misma fuerza por la cual aquél eleva a la suya al hijo del ciego esplendor, ata tanto al uno como al otro simple y vigorosamente a la verdad de sus circunstancias necesarias, y conduce, aun al más ínfimo, a la satisfacción de sus necesidades reales para un fin seguro. El método hace habitual en el niño el pensar, amar y obrar, hace habitual en él el descansar y el trabajar, hace habitual en él la comunidad del ejercicio de todas las fuerzas esenciales de la naturaleza. El niño del método vive, por decirlo así, de la mañana a la noche, en la investigación y conocimiento de todas las circunstancias infalibles y fuera de duda de la verdad, y es alejado con ello de toda sutileza española y de todas las tentativas pretenciosas superficiales, de palabras y apariencias, de una educación sentimental y espiritual que se llama a sí misma científica, y por el contrario en todo lo que es necesario para su sólido enriquecimiento, es puesto por la vivificación de todas sus disposiciones para este necesario en la situación de procurarse por sí mismo en cualquier lugar que le haya asignado la Providencia los medios para recorrer el camino de la vida entre sus prójimos con amor, fuerza y honor.

(De *Una ojeada sobre mis ensayos de educación*, 1807.)

## [SOBRE LA PREPARACIÓN DEL EDUCADOR]

Por lo tanto, la idea de la educación elemental, desde el punto de vista intelectual, no reduce su acción al *desenvolvimiento* puro de la capacidad humana de pensar, sino que la extiende, al mismo tiempo, al conjunto de nuestros conocimientos científicos y profesionales, a nuestras capacidades artísticas y a nuestras habilidades. Cada conocimiento científico, profesional o artístico, cada habilidad tiene, como cada una de las capacidades de la naturaleza humana, su esencia característica y propia, que la hace distinta de cualquier otra ciencia, de cualquier otro arte, de cualquiera otra profesión. El proceso naturalmente adecuado en el aprendizaje de los conocimientos de aplicación y de las habilidades de nuestras capacidades y disposiciones, requiere el pleno dominio de la ciencia, del arte y de la profesión en los cuales el individuo ha de ser iniciado, según sus peculiares características. El hombre que ha de enseñar debidamente una ciencia, un arte o un oficio cualquiera, debe poseer, reunidos, el conocimiento completo de los medios elementales de educación de nuestras capacidades y disposiciones, y el dominio completo del arte y de la ciencia en que ha de iniciar a su alumno. Esto parece ofrecer a primera vista grandes dificultades para su obtención; pero la naturaleza acude en ayuda para la combinación de estas dos necesidades del arte y sirve de guía en su actividad artística.

Si consideramos el proceso positivo de educación en todas las artes y ciencias, vemos que, de hecho, lo que se enseña sólidamente en el aspecto científico o artístico, parte siempre del reconocimiento de los principios fundamentales internos, de los puntos de vista y de los medios que constituyen la base de la idea de la educación elemental. Diríjase la educación con clara conciencia o preséntase la idea sólo de una manera oscura, no por esto se manifiesta y se comprueba menos su existencia en la potencialidad dichosa de su aplicación. Se da el caso de que en muchos lugares y condiciones no se ha oído hablar nunca de la «Idea de la educación elemental», pero, a pesar de ello, se tiene un verdadero conocimiento nominal y efectivo de su proceso y de sus procedimientos. Los que conocen psicológica y profundamente algunas ciencias están de acuerdo en el principio de que los medios de aprendizaje y de cultivo de las ciencias y de las artes, especialmente en sus puntos iniciales, han de ser simplificados en todo lo posible. Como para llegar a sus respectivos grados de preparación superior han tenido que trabajar de una manera penosa y antinatural, debido a las grandes faltas de simplificación de los puntos iniciales de sus ciencias, reconocen que aquel grado superior de formación científica tiene necesidad de la simplificación de los medios iniciales de su enseñanza, de la misma manera que necesitan simplificación los medios del arte. De ahí que, en su mayoría, estén dispuestos a preparar los medios de realizar esta simplificación en la enseñanza inicial de cada una de las ciencias.

Es evidente que la visión de lo que se necesita para aplicar conve-

nientemente la idea de la educación elemental a una ciencia o arte cualquiera coincide esencialmente con la que se tiene de lo que hace falta para aprender debida y suficientemente esta ciencia o arte. Todo lo que se aprenda sólidamente está en armonía de procedimientos con los principios y medios de la idea de la educación elemental. Así prepara la naturaleza del arte su camino. Y evidentemente, el arte se basa, en todos los puntos en que esté sólidamente fundamentado, en los principios de la idea de la educación elemental, aunque ésta no sea conocida nominalmente; y, a medida que sus medios avanzan llevando la naturaleza humana a una mayor preparación y educación, aparece la necesidad de aplicarse a cada una de las ciencias y de las artes, haciéndose sentir de un modo general y cada vez más fácil de satisfacer. De ahí que la dificultad de encontrar hombres que estén en condiciones de unir el completo conocimiento de la idea de la educación elemental con el igualmente sólido conocimiento de la ciencia u oficio que pretenden enseñar elementalmente ha de disminuir en la misma medida.

(De *El Canto del Cisne*, 1826.)

## PESTALOZZI EN LA ESCUELA

*Con objeto de que pueda servir como esquema o guión de una clase dedicada a Pestalozzi en el primer centenario de su muerte, reproducimos a continuación, acomodándola a nuestras circunstancias, la lección premiada en el concurso abierto por la revista L'Educateur, de Lausanne.*

El tema objeto del concurso era: «Cómo deberán proceder en su clase con sus alumnos primarios el maestro y la maestra a fin de hacer comprender, a pesar de sus fracasos y de sus sinsabores, la grandeza de Pestalozzi, la importancia de su obra.» El jurado nombrado para seleccionar los trabajos, que estaba compuesto por los señores Bovet, de Ginebra; Chessex, de Lausanne, y Gédet, de Neuchâtel, recibió siete trabajos; entre ellos aparece en primer lugar el siguiente de M. Jules Laurent, maestro de Lausanne:

EN CLASE, EL 17 DE FEBRERO DE 1927

*Introducción a la lección.*—La base concreta favorable a la intuición tan querida de aquél a quien queremos celebrar no falta, felizmente. Se puede escoger entre:

- a) El grabado que representa el monumento erigido en Iverdon a la memoria de Pestalozzi. (Véase en la ilustración de este número.)
- b) Ilustraciones de lugares en que vivió Pestalozzi. (Véanse también en este número.)

Y procederemos por preguntas, con objeto de que el alumno sea lo más activo posible durante esta introducción y no encuentre demasiado